

TEMA 11. Kant. El uso teórico y práctico de la razón

1.- Introducción: contexto histórico y filosófico

El pensamiento de Kant solo puede ser comprendido adecuadamente sin hacer referencia al contexto de la Ilustración. Y lo que radicalmente caracteriza a este nuevo período filosófico es la firme creencia de que gracias a la educación y al desarrollo tecnológico, la humanidad tiende a un constante perfeccionamiento y progreso ilimitado de la razón y la libertad. La Enciclopedia de Diderot y D'Alambert constituye un ejemplo paradigmático de esa labor de promoción y divulgación del saber.

Immanuel Kant nació en 1724, en Königsberg, una pequeña localidad de la Prusia Oriental. Aunque fue un pensador cosmopolita y abierto a todo tipo de influencias, Kant vivió y murió en su ciudad natal. De origen humilde, sus dotes intelectuales le permitieron desarrollar una brillante carrera académica en la que conoció la obra de Newton y el racionalismo de Leibniz y Wolff. Sin embargo, la muerte de su padre le obligó a interrumpir sus estudios y trabajar como profesor particular. Tiempo después consiguió un puesto de profesor en la Universidad de Königsberg, donde impartió docencia hasta casi el final de su vida. Compaginó esta actividad con la redacción de distintas obras científicas y filosóficas. De profundas convicciones religiosas y morales, fue una persona rigurosa y metódica, hasta el punto que se cuenta de él que tenía la costumbre de dar un paseo todos los días a la misma hora, con tanta puntualidad que los habitantes de Königsberg aprovechaban esta rutina para poner en hora sus relojes. Una rutina que solo se vio interrumpida durante unos pocos días con la lectura de las obras de Rousseau.

Su obra es extensa, pudiendo distinguir dos etapas: una primera etapa que abarca hasta 1770, año en el que es nombrado profesor de Lógica y Metafísica; y una segunda etapa, posterior a esta fecha, y en la que escribe sus obras más importantes. Según él mismo reconoció, el paso de una etapa a otra estuvo marcado por la lectura de las obras de Hume, que le despertaron del “sueño dogmático” del racionalismo.

Entre las obras de la primera etapa destacan: *Historia general de la naturaleza y teoría del cielo*, y *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*. Entre las obras de la segunda etapa, destacan: *La Crítica de la Razón Pura*, *La Crítica de la Razón Práctica* y *La Crítica del Juicio*. También publicó obras menores como *¿Qué es la Ilustración?*, *Idea para una historia universal en clave cosmopolita*, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, *La paz perpetua* y *La religión dentro de los límites de la mera razón*.

Kant precisó que toda su obra podría interpretarse como un intento de responder a tres preguntas centrales: ¿Qué puedo conocer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar?

El primer interrogante abarca el campo de la epistemología, que debe dedicarse a establecer los principios y los límites desde los cuales y dentro de los cuales es posible un conocimiento científico de la naturaleza.

El segundo interrogante abarca el campo de la ética, que debe dedicarse a establecer y justificar los principios que sirvan de guía a la acción moral y las condiciones de la libertad.

El tercer interrogante abarca el campo de la metafísica y la religión, que debe dedicarse a delinear proyectivamente el destino último del hombre y las condiciones de su realización.

Ahora bien, ni las tres preguntas ni las tres disciplinas correspondientes están inconexas, sino que surgen de los fines esenciales de la razón humana. De ahí que las tres preguntas puedan ser recogidas en una única cuestión que las engloba: ¿qué es el hombre? Vinculada al problema del ser humano y al ámbito de la antropología.

Como muchos otros pensadores ilustrados, Kant sentía una gran admiración por las ciencias naturales, que estaban realizando enormes progresos gracias a la aplicación del método científico. Sin embargo, esta situación se confrontaba con el estancamiento que vivía la filosofía de su época. Para comprender dicha situación, Kant se propuso emprender un estudio exhaustivo de la racionalidad humana, sus posibilidades y sus límites. Es decir, se propuso someter a juicio la razón en su doble dimensión: teórica y práctica.

Sus dos obras más importantes, *Crítica de la Razón Pura* y *Crítica de la Razón Práctica* están dedicadas a estudiar, respectivamente, el uso teórico de la razón, en relación con el conocimiento de la naturaleza, y asociada por tanto al campo de la epistemología; y el uso práctico de la razón, en relación con la acción moral, y asociada por tanto al campo de la ética.

Teniendo en cuenta los objetivos de este tema, a continuación se va a presentar una panorámica general del pensamiento de Kant. La exposición girará en torno a sus dos obras más importantes: *Crítica de la Razón Pura* y *Crítica de la Razón Práctica*.

2.- El problema del conocimiento

Como ya se ha adelantado, el punto de partida del planteamiento de Kant es el reconocimiento de la necesidad de someter a juicio la razón, y ello por dos motivos:

En primer lugar, es necesario someter a juicio la razón para sacar a la humanidad de la minoría de edad en la que se encuentra. En su pequeña obra *¿Qué es la Ilustración?* defiende que el remedio a tal situación solo puede ser la crítica de la razón, atreviéndose ésta a buscar en sí misma la piedra de toque de la verdad. *Sapere aude* esa es la máxima de la Ilustración, que propone el ejercicio y realización de la libertad.

En segundo lugar, es necesario someter a juicio la razón para resolver el antagonismo entre las distintas interpretaciones de la misma: el dogmatismo racionalista, el positivismo empirista y el irracionalismo. Tres interpretaciones antagónicas e irreconciliables de la razón que la desgarran y disuelven sin dar solución a disputas interminables que se vienen sucediendo desde que fueran planteadas por Platón y Aristóteles.

Este estancamiento en el que se encuentra la filosofía, en contraste con el progreso de la ciencia físico-matemática de Newton, lleva a Kant a preguntarse por el problema de la metafísica. ¿Es posible convertir a la metafísica en una ciencia y así alcanzar logros

similares? ¿Es posible un conocimiento científico acerca de Dios, el alma y el mundo como totalidad?

Pues bien, la pregunta acerca de la posibilidad de la metafísica como ciencia exige responder previamente a la pregunta acerca de la posibilidad de la ciencia. Una cuestión que estudia detalladamente en la *Crítica de la Razón Pura*.

3.- La doctrina de la Crítica de la Razón Pura

¿Qué es lo que hace posible la ciencia? Esta es la primera pregunta que se plantea Kant en la *Crítica de la Razón Pura*. Si somos capaces de averiguarlo, podremos aclarar si la metafísica también puede convertirse en una disciplina científica.

Pues bien, investigar las condiciones de posibilidad de la ciencia implica responder a dos preguntas:

- I. De qué condiciones se trata.
- II. Cómo investigar tales condiciones.

Kant distingue entre condiciones empíricas y condiciones a priori. Las primeras son fácticas y por tanto particulares y contingentes: pueden darse o no darse. Las segundas son necesarias y universales. Necesarias porque no provienen de la experiencia sino que pertenecen a la estructura del sujeto que conoce, y universales porque esta estructura es común a todos los sujetos humanos.

En tanto que universales y necesarias, las condiciones a priori son las que hacen posible el conocimiento científico. De ahí que Kant las denomine “condiciones trascendentales”.

Ahora bien, el conocimiento científico se expresa en juicios universales y necesarios, que incrementan nuestro saber. Por tanto, la pregunta sobre las condiciones de posibilidad de la ciencia puede concretarse en la pregunta por las condiciones que hacen posible los juicios de la ciencia.

Pues bien, de acuerdo con Kant, un juicio consiste en la conexión entre dos conceptos, uno de los cuales sirve de sujeto, y el otro de predicado:

Cuando el concepto que actúa como predicado está contenido en el concepto que actúa como sujeto, se trata de un juicio analítico. Por ejemplo: “todo triángulo tiene tres ángulos” o “el todo es mayor que las partes”. En ambos casos, el predicado está necesariamente implicado en el sujeto.

Para establecer la verdad de este tipo de juicios basta con comprobar si el concepto que actúa como predicado se deduce del concepto que actúa como sujeto. Es decir, si es una consecuencia lógica del sujeto. Por tanto, la verdad de este tipo de juicios se establece sin necesidad de recurrir a la experiencia.

De lo anterior se deducen dos cosas: 1) que los juicios analíticos son a priori. Es decir, su verdad puede ser conocida independientemente de la experiencia; y 2) que los juicios analíticos son necesarios. Es decir, expresan pensamientos que no pueden pensarse de otro modo.

Cuando el concepto que actúa como predicado no está contenido en el concepto que actúa como sujeto, se trata de un juicio sintético. En este caso, el concepto que actúa como sujeto incluye no solo el concepto que actúa como predicado sino también su negación. Así, por ejemplo, en “Cesar cruzó el Rubicón”, el sujeto “Cesar” incluye “cruzó el Rubicón” y su negación “no cruzó el Rubicón”. Es decir, Cesar pudo hacer tanto lo uno como lo otro. Por tanto, para dilucidar cuál de las dos posibilidades expresadas por el predicado pertenece al sujeto tendremos que acudir a la experiencia.

De lo anterior se deducen dos cosas: 1) que los juicios sintéticos son a posteriori. Es decir, su verdad o falsedad se establece recurriendo a la experiencia; y 2) que los juicios sintéticos son contingentes. Es decir, no expresan relaciones necesarias sino relaciones que pueden ser de otra manera. César pudo cruzar o no el Rubicón.

Como se ve, Kant recoge la división de Leibniz entre cuestiones de razón y cuestiones de hecho, respectivamente.

Ahora bien, todo ello no deja de plantear ciertos problemas. Por un lado, los juicios analíticos son, en terminología kantiana, no extensivos. Es decir, no amplían nuestro conocimiento, ya que el concepto que actúa como predicado no añade información nueva. Simplemente se limita a expresar de un modo distinto la información contenida en el concepto que actúa como sujeto. Así, por ejemplo, “tener tres ángulos” está implícito en el concepto “triángulo”. Por otro lado, el juicio sintético se formula a posteriori, basándose en la experiencia, de modo que el predicado añade algo nuevo del sujeto que no se puede establecer por un mero análisis. Por tanto, amplía el saber, pero al depender de la experiencia no puede ser universal y necesario.

Para Kant es evidente que la ciencia no puede basarse en este tipo de juicios y propondrá que los juicios constitutivos de la ciencia sean juicios sintéticos a priori. Así, al ser a priori son estrictamente universales y necesarios, y al ser sintéticos amplían nuestro conocimiento.

En conclusión, la pregunta por las condiciones de posibilidad de la ciencia puede concretarse en la pregunta por las condiciones de posibilidad de los juicios sintéticos a priori.

De acuerdo con Kant, ni el racionalismo ni el empirismo han podido responder adecuadamente a la pregunta.

Por un lado, el racionalismo afirma que el conocimiento científico debe estar constituido por “verdades de razón”. Con ello, se garantiza su universalidad y necesidad, pero al no valorar la experiencia convierte la ciencia en un puro saber tautológico. Por tanto, no aumenta nuestro saber.

Por otro lado, el empirismo afirma que el conocimiento científico debe estar constituido por la “cuestiones de hecho”. Con ello, se garantiza que aumente nuestro saber, pero proporciona un conocimiento contingente imposible de justificar racionalmente. Por tanto, desemboca en el escepticismo.

Por su parte, Kant se propone elaborar una teoría que conceda su legítimo valor a la experiencia (contra el racionalismo) y al mismo tiempo defienda la universalidad y necesidad del conocimiento científico (contra el empirismo). La solución que propone se conoce como la “revolución copernicana” de Kant, por analogía a lo que hizo Copérnico en la explicación del universo proponiendo la hipótesis de que fuese el sol, y no la tierra, el centro del mismo. Es decir, mientras que para el racionalismo y el empirismo el sujeto cognoscente está regido por el objeto conocido, para Kant es el objeto el que se somete al sujeto.

El razonamiento que sigue es el siguiente: las cosas nos envían impresiones, sensaciones, que no proporcionan seguridad alguna para el conocimiento científico. Sin embargo, ese conocimiento es un hecho (y la física newtoniana es prueba de ello). Además, ese conocimiento no consiste en meras ideas, sino que nos dice lo que las cosas son en realidad. Por tanto, ese ser de las cosas, esa realidad, no pudiendo proceder de las impresiones, tiene que proceder de nosotros. Es decir, tiene que haber sido añadido por nosotros a las impresiones que recibimos de las cosas.

Dicho de otro modo, para Kant, conocer objetiva y científicamente es sintetizar lo dado en la experiencia con lo puesto por el sujeto. Es decir, el conocimiento consta de dos elementos: un elemento material (los datos suministrados por la experiencia) y un elemento formal (lo puesto por el sujeto).

Distingue además el uso de tres facultades diferentes: la sensibilidad, el entendimiento y la razón. La sensibilidad se limita a recibir impresiones provenientes del exterior. Es una facultad pasiva. El entendimiento se encarga de interpretar los datos de la sensibilidad para formar conceptos y elaborar juicios. Es una facultad activa. La razón elabora generalizaciones a partir de los conceptos y los juicios del entendimiento.

A su vez estas tres facultades se corresponden con los tres tipos de conocimiento: el conocimiento matemático, el conocimiento físico y el conocimiento metafísico.

Kant divide la *Crítica de la Razón Pura* en tres secciones distintas dedicadas a cada una de las facultades del ser humano: Estética trascendental, Analítica trascendental y Dialéctica trascendental.

Estética trascendental

La primera parte de la *Crítica* atiende a la estética, que proviene del griego *aisthesis*, que significa “percepción por los sentidos”. Se trata, por tanto, de la facultad de la sensibilidad, cuya función propia es percibir.

Como se ha visto, la sensibilidad es una facultad cognitiva pasiva, ya que se limita a recibir impresiones provenientes del exterior (colores, sonidos, etc.) Su acto de conocer es la intuición sensible. Y como también se ha visto, Kant distingue dos elementos en el conocimiento, un elemento material (que son los datos suministrados por la experiencia) y un elemento formal (que es lo puesto por el sujeto). Pues bien, en el conocimiento sensible el elemento material es el caos de impresiones provenientes de la experiencia, y el elemento formal son las formas a priori de la sensibilidad o intuiciones puras: el espacio y el tiempo. La síntesis resultante de aplicar las intuiciones puras del espacio y el tiempo al caos de impresiones es el fenómeno.

Kant trata de responder a la pregunta de cuáles son las condiciones trascendentales (universales y necesarias) del conocimiento sensible, o dicho de otro modo, cómo son posibles los juicios sintéticos a priori en las matemáticas. Y dado que ya ha señalado que las condiciones trascendentales del conocimiento son las formas a priori, concluye que las condiciones trascendentales del conocimiento sensible son las formas a priori de la sensibilidad: el espacio y el tiempo.

Por un lado, las matemáticas pueden formular juicios sintéticos a priori, independientes de toda experiencia particular, porque el espacio y el tiempo son intuiciones puras, independientes de toda experiencia particular.

Por otro lado, los juicios de las matemáticas son estrictamente universales y necesarios ya que todos los objetos de nuestra experiencia se dan en el espacio y en el tiempo y, por tanto, en todos los objetos de nuestra experiencia se cumplen necesariamente los juicios de las matemáticas.

Analítica trascendental

La segunda parte de la Crítica atiende a la facultad del entendimiento, cuya función propia es juzgar.

Es decir, mientras que la sensibilidad se limita a percibir, el entendimiento trata de comprender lo percibido. Comprender un fenómeno es poder referirlo a un concepto, y esta actividad de referir los fenómenos a los conceptos se realiza siempre a través de un juicio.

Ahora bien, en este punto es necesario distinguir dos tipos de conceptos, los conceptos empíricos y los conceptos puros o categorías:

Los conceptos empíricos son aquellos que proceden de la experiencia. Son a posteriori.

Los conceptos puros o categorías son aquellos que el entendimiento produce espontáneamente sin derivarlos de la experiencia. Son a priori.

Kant trata de responder a la pregunta de cuáles son las condiciones trascendentales (universales y necesarias) del conocimiento intelectual, o dicho de otro modo, cómo son posibles los juicios sintéticos a priori en la física. Y dado que las condiciones trascendentales del conocimiento son los elementos a priori, concluye que las condiciones trascendentales del conocimiento intelectual son los conceptos a priori o categorías.

El entendimiento utiliza estos conceptos puros o categorías para comprender los fenómenos, para ordenarlos y unificarlos. Y la síntesis resultante de aplicar las categorías a los fenómenos es el juicio.

Imagina, por ejemplo, que entras en la cocina y percibes una serie de colores, olores, sabores y texturas. La sensibilidad, que es la facultad encargada de la percepción sensible, te informa de que has visto algo de forma redondeada y de color rojo, que es suave al tacto, que es crujiente cuando lo muerdes y que tiene un sabor dulce muy agradable. Todas estas percepciones han sido captadas por tus sentidos en un momento determinado y en un lugar concreto. Pero, para que tengan sentido, para que puedas responder a la pregunta “¿qué es?”, es preciso que tu mente pueda agruparlas y dotarlas de significado. Esa es la labor que realiza el entendimiento, que en este caso podría decir que todos esos datos captados por los sentidos se corresponden con una manzana. Es decir, el concepto de “manzana” nos permite sintetizar las intuiciones sensibles, reuniéndolas en un solo concepto que permite entender la diversidad de percepciones que habíamos captado previamente.

Pues bien, la explicación de qué son y cuántas son las categorías se llama Deducción Metafísica de las categorías. La demostración de que las categorías son las condiciones trascendentales del conocimiento intelectual se llama Deducción Trascendental de las categorías.

Deducción metafísica de las categorías

En tanto que las categorías son reglas de pensar, de juzgar, habrá tantas categorías como formas posibles de juicio. Por tanto, basta con extraer de cada una de esas formas de juicio la forma correspondiente de la realidad y obtendremos la tabla de las categorías. Kant deduce las 12 categorías de las 12 clases de juicio que la lógica de su tiempo clasifica en cuatro grupos de tres:

I. Atendiendo a la cantidad, obtenemos los juicios:

Individuales, que afirman algo de una sola cosa singular. Un A es B.

Particulares, que afirman algo de algunas cosas. Algún A es B.

Universales, que afirman en su interior la totalidad. Todo A es B.

Obtenemos las categorías de unidad, pluralidad y totalidad.

II. Atendiendo a la cualidad, obtenemos los juicios:

Afirmativos, que dicen lo que algo es. A es B.

Negativos, que dicen lo que algo no es. A no es B.

Infinitos, que dicen lo que algo no es, pero dejan abierto un campo infinito de lo que quiera que sea. A es no B.

Obtenemos las categorías de realidad, negación y limitación.

III. Atendiendo a la relación, obtenemos los juicios:

Categoricos, A es B.

Hipotéticos, Si A es B, entonces es C.

Disyuntivos, A es B o C.

Obtenemos las categorías de sustancia, causalidad y comunidad.

IV. Atendiendo a la modalidad, obtenemos los juicios:
Problemáticos, A es posiblemente B.
Asertóricos, A es efectivamente B.
Apodícticos, A es necesariamente B.
Obtenemos las categorías de posibilidad, existencia y necesidad.

Deducción trascendental de las categorías

Consiste en exponer y justificar la función que desempeñan las categorías como condiciones trascendentales de nuestro conocimiento de los fenómenos.

La respuesta la da Kant en dos pasos:

- I. La doctrina del esquematismo de los conceptos puros
- II. El sistema de los principios del entendimiento

Como se ha visto, el conocimiento se compone de dos elementos: la intuición por la que recibe un objeto, y el concepto con que se piensa dicho objeto. Sin sensibilidad ningún objeto nos sería dado. Sin entendimiento, ningún objeto sería pensado. Dicho de otra manera, los conceptos sin intuiciones están vacíos, las intuiciones sin los conceptos están ciegas. Pues bien, la doctrina del esquematismo de los conceptos puros se ordena a la solución de este problema de las relaciones entre sensibilidad y entendimiento.

El esquema es un producto de la imaginación trascendental, facultad intermedia entre la sensibilidad y el entendimiento. Los esquemas no solo van a permitir la aplicación de las categorías a los fenómenos, sino que además van a limitar su aplicación a los fenómenos. Es decir, las categorías solamente son fuente de conocimiento aplicadas a los fenómenos, no tienen aplicación válida más allá de los fenómenos, más allá de la experiencia.

Pues bien, sobre los esquemas se construye el sistema de todos los principios del entendimiento. De este modo, la tabla de las categorías nos lleva a la tabla de los principios, ya que estos principios no son otra cosa que las reglas del uso objetivo de las categorías.

Los principios del entendimiento puro son:

- I. Axiomas de la intuición
- II. Anticipaciones de la percepción
- III. Analogías de la experiencia
- IV. Postulados del pensar empírico general

Los dos primeros principios se refieren a la existencia o constitución de algo como objeto. Los dos últimos se refieren a la interrelación entre los fenómenos. Así, Kant aplica los cuatro principios del entendimiento a los cuatro grupos de categorías: los dos primeros principios a los dos primeros grupos de categorías, de cantidad y calidad, respectivamente; y los dos últimos principios a los dos últimos grupos de categorías, de relación y modalidad, respectivamente.

Kant trata de responder a la pregunta de cómo son posibles los juicios sintéticos a priori en la física. Y para ello acude a las categorías de sustancia y causalidad. El ejemplo anterior de la manzana es un caso concreto en el que el entendimiento emplea la categoría de sustancia. Al percibir los colores, olores y sabores, nuestra mente interpreta que todos ellos proceden de algo que existe por sí mismo, independiente de nosotros. Esa es la sustancia que denominamos “manzana”.

Ahora bien, es importante señalar que para Kant la idea de sustancia no procede de la experiencia ni tampoco es una realidad exterior al individuo. El concepto de sustancia es una categoría puesta por el sujeto, por nuestro entendimiento, para dar significado a las percepciones que captamos por los sentidos.

Y lo mismo ocurre con la idea de causalidad. Kant está de acuerdo con Hume en que el concepto de causa no se puede basar en la experiencia, pero eso no significa que no tenga valor. Al contrario, podemos establecer relaciones de causalidad entre fenómenos precisamente porque disponemos a priori de un concepto como el de causa. No sabemos cuál es el modo en que las cosas están conectadas, pero nuestra razón dispone de una estructura que nos permite conectarlas. Esta estructura a priori, la causalidad, forma parte de nuestro modo de conocer la realidad. Más importante aún, al ser a priori, nos proporciona conocimiento universal y necesario.

Así pues, la existencia de las categorías del entendimiento permite explicar a Kant por qué la física es una ciencia. Como las categorías no hacen referencia a una realidad empírica, sino que son conceptos a priori aportados por el sujeto, las afirmaciones generales que hagamos acerca de ellas serán forzosamente universales y necesarias.

Kant termina esta sección advirtiendo que las categorías no tienen aplicación válida más allá de los fenómenos, más allá de la experiencia, pero que la mente humana tiende a usarlas más allá de la experiencia, tratando lo que es noúmeno o “cosa en sí” como si fuera fenómeno, y llevada a plantearse preguntas que no puede responder pero que tampoco puede rechazar.

Dialéctica trascendental

La tercera parte de la Crítica atiende a la razón, que es la facultad de hacer síntesis, es decir, de enlazar juicios formando razonamientos.

De acuerdo con Kant, la razón es de tal naturaleza que tiende a buscar juicios, principios cada vez más generales y que abarquen y expliquen un mayor número de fenómenos. Así se construye la ciencia.

Mientras esta búsqueda se mantiene dentro de los límites de la experiencia sensible, la tendencia resulta eficaz y amplía nuestro conocimiento. Sin embargo, esta tendencia de la razón la lleva inevitablemente a traspasar los límites de la experiencia, en busca de “lo incondicionado”. La dialéctica trascendental es, por tanto, una crítica de la razón en su pretensión de alcanzar el conocimiento de las cosas en sí, de lo que está más allá de la experiencia.

El hombre intenta unificar y explicar todos los fenómenos físicos por medio de teorías metafísicas acerca del mundo (sustancia material del racionalismo), lo que da lugar a antinomias.

El hombre intenta unificar y explicar todos los fenómenos psíquicos por medio de teorías metafísicas acerca del alma (sustancia pensante del racionalismo), lo que da lugar a paralogismos.

Y finalmente intenta unificar y explicar todos los fenómenos físicos y psíquicos por medio de teorías metafísicas acerca de Dios como causa suprema (sustancia infinita del racionalismo).

Así, Dios, alma y mundo como totalidad son, según Kant, tres ideas de la razón, tres unidades totalitarias que la razón construye más allá de los límites de la experiencia sensible en su tendencia de buscar juicios y principios cada vez más generales. Y dado que las categorías no tienen aplicación válida más allá de la experiencia sensible, resulta que la metafísica, entendida como el conjunto de juicios acerca de realidades que están más allá de la experiencia sensible, es imposible como ciencia.

Pero, de la misma manera que la aplicación de las categorías más allá de la experiencia es lógicamente ilegítima, es también una tendencia inevitable, de acuerdo con la naturaleza misma de la razón, que tiende inevitablemente a extender su conocimiento más allá de la experiencia, a hacerse preguntas y formular respuestas acerca de Dios, del alma y del mundo como totalidad.

4.- El problema ético

Una teoría ética es una teoría filosófica que se ocupa de fundamentar la moral, es decir justificar la validez y legitimidad de las normas y valores morales. Se trata, por tanto, de reflexionar acerca de si determinada norma es válida (por ejemplo, “busca el término medio”, “haz lo que beneficie a la mayoría”) o discutir si un valor debe supeditarse a otro (por ejemplo, la templanza, la utilidad, la amistad, etc.).

Desde su origen en la Antigua Grecia, el desarrollo histórico de la Ética ha dado lugar a distintas teorías éticas, las cuales se pueden agrupar según el tipo de fundamento que proporcionen. De acuerdo con los objetivos de este tema, se pueden distinguir entre éticas materiales y éticas formales. Esta distinción fue propuesta por Max Scheler, que utilizó la idea de sistemas materiales, con contenidos, para oponerse a los sistemas formales, sin contenido. En la actualidad, también se hace referencia a la distinción entre éticas teleológicas (o éticas de fines) y éticas deontológicas (o éticas del deber).

Las éticas materiales parten de la idea de que hay bienes, cosas buenas para el hombre y, por tanto, comienzan por determinar cuál es, entre todos ellos, el bien supremo o fin último del ser humano. Una vez establecido tal bien supremo, elaboran una serie de normas o preceptos encaminados a alcanzarlo. De ahí que también se llamen éticas teleológicas. Es decir, fundamentan la moral en la búsqueda de ese fin último o bien supremo, de modo que serán moralmente buenas aquellas acciones que nos acerquen a su consecución, y

moralmente malas aquellas acciones que nos alejen de él. Entre estas teorías éticas se encuentran el eudemonismo, el estoicismo, el hedonismo, la ética cristiana y el utilitarismo. Con la Ilustración, la filosofía kantiana vacía de contenido material la idea de Bien. Frente a las éticas, hasta entonces materiales, Kant propone una ética formal.

Las éticas formales no basan la conducta moral en ningún fin o propósito a conseguir, ni establecen normas o preceptos a cumplir, sino que anteponen el deber o *deón* a las consecuencias. De ahí que también se llamen deontológicas. Es decir, buscan las condiciones formales que puedan garantizar unos principios universalmente válidos, independientemente de las consecuencias particulares. Además, son éticas autónomas en la medida en que exigen que el sujeto se dé a sí mismo la ley. Las principales éticas formales son las formuladas por Kant, Nietzsche, Sartre, Rawls y Habermas.

A continuación, se expone la doctrina ética desarrollada por Kant, tal y como aparece en la *Crítica de la Razón Práctica*.

5.- La doctrina de la Crítica de la Razón Práctica

La ética kantiana representa una auténtica novedad dentro de la historia de la ética. Esta originalidad puede ser formulada de la siguiente manera: hasta Kant, las distintas éticas habían sido materiales. Frente a todas ellas, Kant propone una ética formal.

Kant rechazó las éticas materiales porque, a su juicio, presentan las siguientes deficiencias:

En primer lugar, toda ética material es una ética que tiene contenido, y ello en el doble sentido: establece un bien supremo; y elabora normas y preceptos para alcanzarlo. Así, por ejemplo, el placer es el contenido de la ética hedonista y “no comas en exceso” o “aléjate de la política”, son preceptos epicúreos que determinan lo que ha de hacerse. Además, este contenido es empírico, está extraído de la experiencia. Sabemos que el placer es un bien máximo para el hombre porque la experiencia nos muestra que desde niños los hombres buscan el placer y huyen del dolor. Sabemos que para conseguir un placer duradero y razonable se ha de comer sobriamente y se ha de permanecer alejado de la política porque la experiencia nos muestra que el exceso produce, a la larga, dolor y enfermedades, y la política produce disgustos y sufrimientos. Se trata, por tanto, de generalizaciones a partir de la experiencia.

Probablemente a un epicúreo no le preocupará que su ética sea empírica, a posteriori, pero Kant pretendía formular una ética cuyos principios fueran universales y, en su opinión, de la experiencia no se pueden extraer principios universales. Algo que ya había quedado claramente expuesto en la *Crítica de la razón pura*: ningún juicio que proceda de la experiencia puede ser estrictamente universal. Un juicio tal ha de ser a priori.

En segundo lugar, los preceptos de las éticas materiales son hipotéticos o condicionales. Es decir, solo valen de un modo condicional como medios para conseguir un cierto fin. Así, por ejemplo, cuando el sabio epicúreo aconseja “no bebas en exceso” ha de entenderse que quiere decir “no bebas en exceso si quieres alcanzar una vida moderada y largamente placentera”. Pero si alguien le contestara al sabio epicúreo que no quiere alcanzar una vida

de placer moderado, entonces el precepto epicúreo carecerá de validez para él. He aquí el segundo motivo por el cual una ética material no puede ser, a juicio de Kant, universalmente válida.

En tercer lugar, las éticas materiales son heterónomas. Es decir, el sujeto recibe la ley desde fuera de la propia razón. La voluntad es determinada a obrar de un modo u otro por el deseo o inclinación, que no pertenecen a la voluntad. Así, por ejemplo, en la ética epicúrea, el hombre es determinado en su conducta por la naturaleza, por la inclinación al placer, no por la propia voluntad.

En conclusión, las éticas materiales, en tanto que aquejadas de estas tres deficiencias, deben ser rechazadas. En su lugar, Kant propone una ética formal. El razonamiento kantiano puede ser expuesto del siguiente modo:

Una ética estrictamente universal y racional ha de ser a priori, categórica en sus imperativos, y autónoma. Esto es, el sujeto ha de determinarse a sí mismo a obrar, ha de darse a sí mismo la ley. Las éticas materiales son empíricas, hipotéticas en sus imperativos y heterónomas. Luego, una ética estrictamente universal y racional no puede ser material sino formal.

Por ética formal Kant entiende una ética vacía de contenido, y ello en el doble sentido: no establece ningún fin o propósito a conseguir; y no nos dice lo que debemos hacer sino cómo debemos actuar, la forma en que debemos actuar. Dicho de otro modo, el valor moral de una acción no radica en ningún fin o propósito a conseguir, sino en la máxima que determina su realización, cuando esta máxima se la da a sí misma la voluntad. Es decir, para Kant, los calificativos morales, como bueno o malo, convienen a la voluntad, no a los actos. No se pueden aplicar a lo que el hombre hace efectivamente, sino a lo que quiere hacer. Por ejemplo, podemos cometer un homicidio involuntario y, sin embargo, no podemos decir que hemos hecho un acto malo. Lo único que puede ser bueno o malo es la voluntad, y la buena voluntad actúa siempre por deber.

En relación con esta idea, Kant distingue tres tipos de acciones: acciones contrarias al deber; acciones conformes al deber; y acciones por deber. Solamente las últimas poseen valor moral. Supongamos, utilizando un ejemplo de Kant, el caso de un comerciante que no cobra precios abusivos a sus clientes. Su acción es conforme al deber. Ahora bien, tal vez lo haga para asegurarse la clientela. Entonces, la acción se convierte en un medio para conseguir un fin. Es una acción conforme al deber, pero no es una acción moral. Si, por el contrario, actúa por deber, por considerar que ése es su deber, la acción deja de un medio para conseguir un fin y se convierte en un fin en sí misma, algo que debe hacerse por sí. Entonces sí es un acto moral. Como se puede observar, Kant distingue entre acciones legales y acciones morales. Las primeras son conformes a la ley, pero no son morales.

La exigencia de obrar moralmente se expresa en un imperativo que no es, ni puede ser hipotético, sino categórico. Kant ofrece diversas formulaciones del imperativo categórico, la primera de las cuales es la siguiente: “Obra solo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se torne en ley universal”. Esta formulación muestra claramente su carácter formal, ya que no establece ninguna norma concreta, sino la forma que ha de

poseer cualquier norma concreta de nuestras acciones; a saber, debe ser de tal forma que podamos querer que se convierta en ley universal. De ahí que esta formulación también muestre la exigencia de universalidad propia de una moral racional.

En la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Kant ofrece la siguiente formulación del imperativo categórico: “Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca meramente como un medio”. Al igual que la formulación anterior, ésta muestra su carácter formal y su exigencia de universalidad, pero incluye la idea de fin. Lo único que es fin en sí mismo es el hombre en tanto que ser racional. Por tanto, no ha de ser utilizado nunca meramente como un medio.

6.- Algunas consideraciones finales

La obra de Kant está considerada como la culminación filosófica del siglo XVIII. Su filosofía representa el intento de superar, sintetizándolas, las dos grandes corrientes filosóficas de la modernidad: el racionalismo y el empirismo.

Para ello, Kant somete a crítica la razón en su doble dimensión: teórica, dirigida a alcanzar un conocimiento científico de la realidad; y práctica, dirigida a establecer los principios que sirvan de guía en lo público y en lo privado. La crítica de la razón teórica conduce al agnosticismo (es imposible un conocimiento científico de Dios, alma y mundo como totalidad), mientras que la crítica de la razón práctica se resuelve en un acto de fe racional que afirma la existencia de Dios, la libertad humana y la inmortalidad del alma.

Esta crítica de la razón, y las preguntas que se plantea (qué puedo conocer, qué debo hacer y qué me cabe esperar) es, en última instancia, una crítica del ser humano, pues la razón es razón humana. De su estudio concluye la condición fundamental del ser humano, su limitación o finitud:

- La limitación en lo que podemos conocer, pues la razón teórica no alcanza lo nouménico.
- La limitación en el cumplimiento del deber, pues este excede las fuerzas de la razón práctica.
- La limitación en el cumplimiento de nuestra esperanza, pues esta exige una voluntad omnipotente, que es exclusiva de Dios.

Esta limitación no es para Kant angustiada, sino que tiene la fe racional en Dios como garante del cumplimiento de nuestra esperanza. Sin embargo, a pesar de su enorme brillantez, la filosofía kantiana deja abiertos innumerables problemas, de los cuales se van a exponer los más importantes.

En el ámbito de la epistemología, Kant llega a las siguientes conclusiones acerca de los conceptos que el entendimiento produce espontáneamente sin derivarlos de la experiencia: 1) que el entendimiento los utiliza para comprender los datos de la sensibilidad (el mundo fenoménico); y 2) que estos conceptos no se pueden aplicar a aquello de lo que no tenemos experiencia sensible (el mundo nouménico). Sin embargo, cabe preguntarse si estos conceptos puros del entendimiento o categorías afectan no solo a lo fenoménico sino también a lo nouménico: a la totalidad de lo real. El noumeno sería un residuo irracionalista

en el racionalismo trascendental kantiano carente de justificación. Este será el camino emprendido por Hegel y su idealismo trascendental.

En segundo lugar, Kant presenta como universales y necesarias las condiciones trascendentales del conocimiento (las intuiciones puras de la sensibilidad, las categorías del entendimiento y las ideas de la razón). Sin embargo, la experiencia constata que las condiciones perceptivas varían de un sujeto a otro. Por un lado, nuestros sentidos varían en calidad (no todos tenemos la misma agudeza visual) e incluso en cantidad (algunas personas no ven). Por otro lado, los conceptos que utilizamos para describir la realidad varían de una cultura a otra o de una época a otra. Por tanto, parecería que los modos de experimentar y categorizar la realidad no son universales y necesarios sino contingentes y relativos. Este será el camino emprendido por los relativistas epistemológicos.

En tercer lugar, Kant interpreta la ciencia como un conjunto de juicios sintéticos a priori, que expresan las características universales y necesarias del mundo fenoménico. La universalidad y necesidad de estos juicios deriva de la necesidad y universalidad de las condiciones del conocimiento científico. Sin embargo, esto no siempre ocurre. La ciencia no siempre está constituida por juicios sintéticos a priori, sino por juicios exclusivamente analíticos, en el caso de las ciencias formales, o por juicios exclusivamente sintéticos, en el caso de las ciencias experimentales. Este problema será abordado por la filosofía analítica y neopositivista del siglo XX.